

Cuadernillos de poesía Colombiana

17

Guillermo Valencia

Ediciones de la revista "*Universidad Católica Bolivariana*"

Guillermo Valencia

ESCRIBIR el juicio de Guillermo Valencia en las inmediaciones de su muerte es tarea tan ardua y peligrosa como construir sobre la movediza arena de los deslizamientos. Tan hondo es el sepulcro de este artista como el corazón con que lo lloran todos los colombianos. Desde todas las zonas del pensamiento; desde los más encontrados matices de emoción; desde todas las capas que surten la geografía humana de Colombia se sienten caer hacia su lápida pedazos del propio ser y nadie logra evadir su cerebro para concretar en cifras lo que este hombre representó en la historia colombiana, lo que significó su poesía en los dominios de la estética. Eso demuestra que fue tan fuerte el impulso vital que movió su cabeza que el sentimiento está todavía avasallando los juicios. Sólo cuando haya desaparecido la generación que sintió su calor humano vendrán los que puedan juzgar certeramente su caudalosa vida y su obra artística, bruñida con todos los brillos.

Quizás desde Bolívar hasta nuestros días no existió un colombiano más privilegiado por el amor de sus compatriotas. Tal sentimiento se evidenció en la manera como desde todas las regiones, hombres de todas las procedencias sociales acudieron espiritualmente a su asistencia. Y su muerte fue un duelo familiar en cada hogar porque el poeta fertilizó la zona neutral en donde se apagaban todos los odios y se erguía allí señoreando todas las comarcas del espíritu. Desde el más humilde hasta el más poderoso, todos tenían con el grande artista un punto de interferencia de donde se dominaba la vastedad inmensa de su alma.

El secreto de esta existencia portentosa fue el de canalizar hacia su flauta la música de todas las cosas. Intervino en la política y siempre ocupó las más altas posiciones por el señorío que ponía en la contienda y el talento con que dominaba todas las situaciones; hombre de

trabajo y de empresa vió prosperar su hacienda bajo el ojo providente y sus minuciosos estudios; cultor de su propio espíritu tuvo el privilegio de nacer en una ciudad agobiada de tradiciones clásicas a la que cantó en hexámetros de la más perfecta factura; orador incomparable, sus oraciones han ingresado ya en la antología de los genios canonizados; estudioso de todas las cosas, puede afirmarse que no había provincia del conocimiento que le fuera vedada, porque si no la dominaba, por lo menos había recorrido sus avenidas centrales. Valencia es por todo esto y por la magnitud incomparable de su fuerza humana el hombre más cargado de espiritualidad activa que se haya producido en esta patria. Todas sus vocaciones alargadas en un impetu de vuelo fueron embocinadas en la caña que convierte en música todos los aires.

Como intérprete de las grandezas épicas, no es exagerado decir que él hizo el redescubrimiento de Bolívar en un discurso memorable que es el mejor poema de toda su vida. En el espejo de este artista se reflejó la multiforme existencia del Libertador y puede afirmarse que desempeñó en América frente a Bolívar el papel de Chateaubriand frente a Napoleón. Tan cabalmente interpretó sus aspiraciones continentales, el sentido cesáreo de su estrategia, el rutilante vuelo de su épica que, como aquél, hubiera sustituido a su biógrafo si hubiera nacido en su época. El biógrafo, en su acepción total, es un héroe en paro forzoso. La dimensión de su hazaña tiene que reducirse a medir la de los otros porque la materia prima de su acción le fue sustraída.

Todo este proceso de superación fue el que cumplió en la poesía, porque si arrancó de los parnasianos su primera juventud, dominó rápidamente la altura y se desplegó a sí mismo en forma que no es posible alinderarlo en ninguna denominación literaria. Su obra es absolutamente personal y aun en las traducciones, que fueron innumerables, subsiste ese sello peculiar de su fantasía que lo hace inconfundible entre toda la fauna poética. Se le ha tachado la frialdad de sus formas, el helado giro de sus versos, pero quien lo penetre a fondo verá realizado el designio que persiguió el poeta en su larga profesión de artista y en el linaje de su espíritu griego. Todo aquello que es sobrio tiene una ascendencia ilustre que le hacía repetir al mayor griego dentro de los genios occidentales: "Soy un tèmpano que incuba fuego".

En el fondo de toda esta vida que colmó todas las actividades hay un ejemplo para la juventud colombiana que es una de las mayores causas de su duelo. Porque Valencia no fue de aquellos artistas que ponen al servicio de su bienestar el don divino de crear. Las emociones más simples las elevó al máximo de temperatura, cruzadas por relámpagos y nadie que no lo conociera pensó que fuera capaz de vivir perpetuamente consagrado a sus faenas ordinarias y no más bien puliendo egoístamente, en una labor de orfebre, su propia obra literaria. Quizás lo que parece inaudito fuera la explicación de la multiplicidad de emociones que refleja su poesía y el concepto hazañoso de su vida que realizó ceñidamente el mandamiento de Kipling para ser hombre: "Si puedes soñar sin vivir de tus sueños".

Todo lo elemental y diáfano de la existencia se magnificó a través de este temperamento excepcional. La selva, el río familiar y tortuoso, la cosecha, la tarde "que se concentra para el olvido de la luz", la cita de Don Quijote, la leyenda, la historia, el desierto, los camellos "con la triangular silueta de la pirámide", lo alegre y lo melancólico, la naturaleza toda, el espíritu, los sentimientos, la mujer, todo alcanzó en este hombre la perfecta dimensión del canto y por eso no hay ningún colombiano en cuya adolescencia no alborece un verso suyo imponiéndole un ritmo a su vida.

Abel NARANJO VILLEGAS.

A Popayán

Glorificate la Città feconda.
Gabriele D'Annunzio.

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal,
ni eréctas pirámides —urnas al genio propicias—
magníficamente tu fama dilatan, sonora
con voces eternas, fecunda ciudad maternal!

Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas
tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido!
Abejas de Jonia melifican del árbol en flor
que nutres, y al águila, ebria de luz y de viento,
las garras febriles y el pecho tremente de luchas
aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

Tú vives del silencio. . . . Cércante vigilantes colinas,
do el Monte puro bajo el azul destella.
Sofrenas tu río, alma viva del gesto fugaz,
y el ánfora esbelta, rica de sangre augusta,
perenne derramas, al brillo de estrellas insomnes. . . .
y brotan las bélicas palmas en lírico haz!

Tú vives del pasado. Púrpura de razas soberbias
en prófugo instante volaba quemando tus hombros,
y en púberes gajos te reían las pomas de miel. . . .
¡Levánta! la túnica fulge de honor y heridas:
acudan tus buenos, y el ostro marchito restauren
y mullan tus sendas con hojas de nuevo laurel!

Y vives del futuro. Las árticas brumas del Tiempo
rasgas; con ojos sabios interrogas la Noche,
tus hijos epónimos magnifican el prístino azul
con trémulos halos, y miras tu raza ventura
feliz en la fuerza, feliz en sondar el Misterio
que puso en el éter el místico Signo del Sur. . . .

Tú vives de tus glorias. En himno sin término vuelan
tu soberbia esperanza con alas de victoria,
tus bruñidos escudos, tu gladio de fosco metal,
Con numeroso verbo tus triunfos el ágora enalza,
y, castálida fuente, sólo por ti murmulla
del héroe aquilino la pródiga voz de cristal.

Y vives de tus dones. Tu misera gente africana
por ti las manos muestra, sin hierros, a la Vida,
y, en férvido ahinco, monumentos de forma sin fin
erige con el bronce vivo de sus progenies
que en móviles grupos, de toscas o nobles figuras,
relievan tu hazaña del uno hasta el otro confín. . . .

Y vives de imposibles. Al óptimo, audaz Caballero,
señor de la Mancha, de escualida, triste figura,
sepulcro le d'iste, bajo un roble de añosa virtud,
¡Patético hidalgo! de prez tus armas brillan:
dos veces tus pares probaron al Orbe su temple:
en trágico golfo, tu yelmo; tu lanza, en Cuaspuá!

Tú vives del martirio. Monótono arroyo de sangre
afluye de tu pecho el ávido mar sin orillas. . . .
¡Del Orbe al poniente glorifica tu sino —la cruz!—
Al ara fatídica llevan, cual eterno holocausto,
su genio tu Prócer; el múmero torso, Camilo;
tu víctima sacra, sus púdicos lirios de luz. . . .

Y vives del orgullo. Colérica tribu de azores
tus marchas preside. Las víboras mudas se tuercen
al golpe moroso de tu cetro de insigne marfil.

A ti los relámpagos ciñen radial corona;
a ti las tempestades rinden sus espadas de oro:
conquistas evoca tu rostro de fiero perfil.

Y vives con tu cielo, libélula errante, cogida
entre las redes que urde la luz de monte a monte.
—La tarde se mustia.... Figuras ceñidas de tul
agrupanse pávidas.... Arde implacable hoguera;
el cóncavo cruzan torbellinos de nácares y oro,
y el Rey degollado, mil veces purpura el Azul....

En lóbregas simas tu savia la plebe concentra
como el carbón sepulto la chispa milenaria.
Tus bíblicas madres, cual espigas al beso de abril,
inclinanse grávidas.... ¡Fluyan eternamente,
como las aguas mudas entre las selvas mudas,
tus próceros gérmenes de fausto vigor juvenil!

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan
y guarden leones de tranquila postura triunfal;
ni erectas pirámides —urnas al Genio propicias—
magníficamente tu fama dilatan, sonora,
con voces eternas, fecunda Ciudad maternal!

Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas
tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido....
Abejas de Jonia melifican del árbol en flor
que nutres, y al águila, ebria de luz y de viento,
las garras febriles y el pecho tremente de luchas,
aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

La parábola del pozo

Bajo una tienda del Oriente
y en año que huye a mi memoria,
alguno escuchó casualmente
aquesta verídica historia.

En fresco oasis del Sahara,
el mayor de ese mar de fuego,
un munífico emir juntara
copioso rebaño andariego,

y a premunirlo de las fieras
y del asalto del beduino,
aisló con troncos de palmeras
ese boscaje, del camino.

Vasto era el sitio: a claros pozos
—fascinación de la llanura—
iban los nómades gozosos
atraídos por la frescura:

Toros de fina cornamenta,
ágiles potros de albas crines,
cruzaban como una tormenta
bajo palmeras y jazmines;

y el viejo emir, año por año,
seguido muy cerca de un gozque,
en un mes recogía el rebaño
para contarlo bajo el bosque.

Y acaeció que cierto día
la valla cede sin trabajo

en una borrasca bravía
que los troncos sacó de cuajo.

Al punto las bestias alcanzan
la libre llanura sin fondo
y, vivas saetas, se lanzan
al ámbito ilímite y hondo;

y el recinto quedó desierto,
y el emir, desde un agric monte,
vio perderse en espacio abierto
su rebaño, en el horizonte.

Metálico son de añafles
turbó los remotos aduares:
llegaban jinetes a miles
hiriendo los nobles ijares,

y el amo ordenó la salida;
al punto sus hombres partieron...
y después de larga batida
tornaron solos, como fueron.

porque las rústicas manadas
pacían por el campo sin linde,
y al verse de pronto cercadas,
al coso ninguna se rinde,

y arrancando en frenética huida
por la pampa, al azar, se despliegan
y en su libre carrera tendida
en el gris movedizo se anegan.

El emir desespera. ¡Qué lucha!
Magos pide. Reúne consejo.
Hablan todos. A nadie se escucha,
y la barba se mesa el buen viejo.

A la tarde, pastor haraposo
de ojos vagos, enjuto y cetrino,

con su negro cayado nudoso
a la tienda se abrió su camino.

Emir —dijo— sólo Alah es grande!
y con él volveré al aprisco
tu ganado que allá se expande,
y el manso tendrás, y el arisco.

Duda el emir, y la comparsa
que en el pastor olió su presa,
dijo: —Buen trato, mas si es farsa,
córtale al brujo la cabeza.

Se fue el pastor. Corren los días:
mas al emir, voraz angustia
dejóle, huyendo, la alegría,
y el desvelo, la frente mustia.

Arruinado, sin esperanza,
con el dolor que en su ser arde
miraba un día en lontanaza
a l'hora turbia de la tarde:

Súbito surge sombra negra
en el borroso firmamento.
Se acerca. ¡Es él! Su faz se alegra
ante el pobre pastor del cuento.

—Vén y recibe tu rebaño—
dijo el pastor. El emir calla.
—Pague la horca el vil engaño,
dice la cólera que estalla.

L'oye el pastor y muy sereno,
—Móna —le dice—, y cuando vuelvas
para el baldón tu aduar es bueno:
átame a un árbol de tus selvas.—

Ya en el sitio, tras el cercado,
los ojos atónitos miran

inmenso tropel de ganado:
toros que mugen y se estiran;

caballos de fino pelaje,
yeguas de esbelto y fino porte
que ennoblecieron el paisaje
de algún Faraón en su corte.

Y el emir veía y reveía
—hipnotizado ante el prodigio—
cómo en torno al pastor no había
de aquella hazaña, ni vestigio.

Doble emoción turbó su alma
en ese mágico momento:
regustar la perdida calma
y descifrar aquel portento.

Y el pastor dícele: —Bien sabes
que ningún ser sin agua vive:
desde la oruga hasta las aves,
la carne ese jugo recibe.

Fuí al desierto; cegué los pozos
(tú sabes que allá son contados)
y a ellos van tropeles golosos
de fieras, aves y ganados.

Cuando los tuyos acudieron
a las dormidas linfas tiernas,
con espantados ojos vieron
pedruzcos en vez de cisternas.

Buscando por noches y días
a sus gargantas refrigerio,
hallaban las cuencas vacías
sobre el haz de este árido imperio.

Un brutal instinto de vida
hirió sus sedientos rebaños

que añoraron la selva perdida
y el agua fresca de otros años.

Enloquecidos por la fiebre,
vi encaminarse uno tras uno,
como volviendo a su pesebre,
tu bello rebaño moruno.

Hendí una brecha en el cercado
a ver llegar hasta el postrero:
(yo este pozo no había cegado,
y me dije: aquí los espero).

Aquí vendrán cuando la llama
que da la sed, los enloquezca;
aquí vendrán, porque los llama
con voz de vida, el agua fresca....

Habló el emir y dijo: —Mago
o demonio, ¿qué pides, dime,
por galardón? ¿qué dulce halago
quiere el pastor que así redime?

Y éste, al emir: —Sólo reclama
de ti quien no vive de ciencia,
que tus sabios busquen la fama
sobre el Libro de la Experiencia.

.....

Siglos después bien se sabía
que en lueñas tierras un Rabino
las muchedumbres atraía
y les mudaba el agua en vino.

Que anduvo errante por tres años
sembrando amor con manos tiernas,
que hablaba al pueblo, sin engaños,
desde el brocal de las cisternas,

y que una vez le dijo al mundo:
"Yo soy la fuente de agua viva",
y el que le oyó gustó el profundo
sabor de un agua no sabida. . . .

Y há veinte siglos que el Rabino,
dulce pastor del hombre fiero,
piensa ante el pozo cristalino:
"Aquí llegarán, y aquí espero".

Palemón el Estilita

Enfuriado el Maligno Spíritu de la devota e
sancta vida que el dicho ermitanno facía, en-
tróle fuertemente deseo de facerlo caer en
grande y carboniento pecado. Ca estos e non
otros son sus pensamientos e obras.

Apeles Mestres.—Garín.

Palemón el Estilita, sucesor del viejo Antonio,
que burló con tanto ingenio las astucias del demonio,
antiguísima columna de granito
se ha buscado en el desierto por mansión,
y en un pie sobre la *stela*
ha pasado muchos días
inspirando a sus oyentes
el horror a los judíos
y el horror a las judías
que endiosaron ¡Dios del Cielo!
que endiosaron a una hermosa
de la vida borrascosa
que llamaban Herodías.

Palemón el Estilita "era un santo". Su retiro
circuían mercadantes de Lycoples y de Tiro,

judaizantes de apartadas sinagogas
que anhelaban de sus labios escuchar
la palabra de consuelo,
la palabra de verdad
que nos salve del castigo
y de par en par el Cielo
nos entregue: solo abrigo
contra el pérfido enemigo
que nos busca sin cesar,
y nos tienta con el fuego de unos ojos
que destellan bajo el lino de una toca,
con la púrpura de frescos labios rojos
y los pálidos marfiles de una boca.

Al redor de la columna que habitaba el Estilita,
como un mar efervescente,
muchedumbre ingente agita
los turbantes, los bastones y los brazos,
y demanda su sermón al solitario,
cuya hueca voz de enfermo
fuerza cobra ante la mies
que el Señor ha deparado
a su hoz, y cruza el yermo
que turbaron otros tiempos los tímboles de Ramsés.

Y les habla de las obras de piedad y sacrificio,
de las rudas tentaciones del Apóstol, y del vicio
que llevamos en nosotros; del ayuno y el cilicio,
de vivir año tras año con las fieras
bajo rotos quitasoles de palmeras;
y les cuenta lo que es sed y lo que es hambre,
lo que son las noches cálidas de Libia,
cuando bulle de planetas un enjambre
y susurra en los palmares la aura tibia
que provocan en el ánimo cansado

de una vida muerta y loca
los recuerdos tormentosos
que en los días pesarosos,
que en los días soñolientos
de tristezas y de calma,
nos golpean en el alma
con sus mágicos acentos,
cual la espuma débil
toca
la cabeza dura y fría
de la roca.

De la turba que le oía
una linda pecadora
destacóse: parecía
la primera luz del día,
y en lo negro de sus ojos
la mirada tentadora
era un áspid: amplia túnica de grana
dibujaba las esferas de su seno;
nunca vieran los jardines de Ecbatana
otro talle más airoso, blanco y lleno;
bajo el arco victorioso de las cejas,
era un trunfo la pupila quieta y brava,
y, cual conchas sonrosadas, las orejas
se escondían bajo un pelo que temblaba
como oro derretido;
de sus manos blancas, frescas,
el purísimo diseño
semejaba lotos vivos
de alabastro,
irradiaba toda ella
como un astro:
era un sueño
que vagaba
con la turba adormecida

y cruzaba
—la sandalia al pie ceñida—
cual la muda sombra errante
de una sílfide,
de una sílfide seguida
por su amante.

Y el buen monje
la miraba,
la miraba,
la miraba,
y, queriendo hablar, no hablaba,
y sentía su alma esclava
de la bella pecadora de mirada tentadora,
y un ardor nunca sentido
sus arterias encendía,
y un temblor desconocido
su figura
larga
y flaca
y amarilla
sacudía:
¡era amor! El monje adusto
en esa hora sintió el gusto
de los seres y la vida,
su guarida
de repente abandonaron
pensamientos tenebrosos
que en la mente
se asilaron
del proscrito
que, dejando su columna
de granito,
y en coloquio con la bella
cortesana,

se marchó por el desierto
despacito.
a la vista de la muda,
¡a la vista de la absorta caravana!

Los Camellos

Lo triste es así.

Peter Altenberg.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
al soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos al pie de las cisternas. . . .

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico
y ya sus ojos queman la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó a la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía. . . .

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
¡sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
“amamos la fatiga con inquietud secreta...”
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de caros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga:

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dácilo al són de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la Llanura vasta
que vais llevando a cuestras el sacro Monolito;
¡Tristes de Esfinge! ¡novios de la Palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus? Cuando la sed oprime
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome —camello que cabalgó el Excidio...—
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre
mirando silencioso dos fuentes de zafiro....

Las dos cabezas

"Omnis plaga tristitia cordis est et omnis
malitia, nequitia mulieris".

El Eclesiástico.

JUDITH Y HOLOFERNES

(Tesis)

Blancos senos, redondos y desnudos, que al paso
de la hebrea se mueven bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro,
vivaces como estrellas sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
da la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de miel hincha la pulpa de sus carnes. El lloro
no dió nunca a esa faz languideces de ocaso.

Yacente sobre un lecho de sándalo, el Asirio
reposa fatigado. Melancólico cirio
los objetos alarga y proyecta en la alfombra....

Y ella, mientras reposa la bélica falange,
muda, impassible, sola, y escondido el alfange,
para el trágico golpe se recata en la sombra.

Y ágil tigre que salta de tupida maleza,
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble, sin robarle un gemido,
del atlético tronco desgajó la cabeza.

Como de ánforas rotas, con urgida presteza,
desbordó en oleadas el carmín encendido,
y de un lago de púrpura y de sueño y de olvido,
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el ojo apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba en sortijas, al unguido cabello
se apiñaban las sombras en siniestro derroche

sobre el lívido tajo de color de granada. . . .
Y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la Noche.

SALOME Y JOAKANANN

(*Antítesis*)

Con un aire maligno de mujer y serpiente,
cruza en rápidos giros Salomé la gitana
al compás de los crócalos. De su carne lozana
vuela equívoco aroma que satura el ambiente.

Danza todas las danzas que ha tejido el Oriente:
las que prenden hogueras en la sangre liviana
y a las plantas deshojan de la déspota humana
o la flor de la vida, o la flor de la mente.

Inyectados los ojos, con la faz amarilla,
el caduco Tetrarca se lanzó de su silla
tras la hermosa, gimiendo con febril arrebato:

“Por la miel de tus besos te daré Tiberíades”,
y ella dicele: “En cambio de tus muertas ciudades,
dame a ver la cabeza del Esenio en un plato”.

Como viento que cierra con raquíptico arbusto,
en el viejo magnate la pasión se desata,
y al guiñar de los ojos, el esclavo que mata
apercebe el acero con su brazo robusto.

Y hubo grave silencio cuando el cuello del Justo,
suelto en cálido arrollo de fugaz escarlata,
ofrecieron a Antipas en el plato de plata
que él tendió a la sirena con medroso disgusto.

Una lumbre que viene del lejano infinito
da a las sienas del mártir y a su labio marchito
la blancura llorosa del cansado lucero.

Y—del mar de la muerte melancólica espuma—
la cabeza sin sangre del Esenio se esfuma
en las nubes de mirra de sutil pebetero.

LA PALABRA DE DIOS

(*Síntesis*).

Cuando vió mi poema Jonatás el Rabino
(el espíritu y carne de la bíblica ciencia),
con la risa en los labios me explicó la sentencia
que soltó la Paloma sobre el Texto divino.

Nunca pruebes, me dijo, del licor femenino,
que es licor de mandrágoras y destila demencia;
si lo bebes, al punto morirá tu conciencia,
volarán tus canciones, errarás el camino.

Y agregó: Lo que ahora vas a oír no te asombre:
la mujer es el viejo enemigo del hombre;
sus cabellos de llama son cometas de espanto.

Ella libra la tierra del amante vicioso,
y Ella calma la angustia de su sed de reposo
con el jugo que vierten las heridas del santo.

A Erasmo de Rotterdam

"Pintó Hans Holbein", dice la envejecida tela
que a cierta ciudad muerta me fui a buscar un día,
por ver, ¡oh padre Erasmo! la búdica ironía
que de tu boca fluye, que tu desdén revela.

Si tú del polvo alzaste la derribada Escuela
porque a regir tornase la helénica armonía,
¿cómo en la mustia boca de la melancolía
tus labios aprendieron ese reír que hiela?

Enfermo que en mí fijas tus ojos de fantasma:
el frío de tu estéril desilusión me pasma;
atas mi ser y domas, ascética figura

que vas entre los mártires de mi martirologio,
y vuela con tu nombre la voz de mi eucologio,
¡oh cuerdo que tu elogio le diste a la Locura!

Pigmalión

En libico márfil tallas tu sueño
de amor, la ninfa de tu ser exalta,
y entre labios de olímpico diseño
flores de perla tu buril esmalta.

Sufres; el bloque de mirar risueño
donde la fiebre de la vida falta,
yace inmóvil: la sangre de tu dueño
bajo las curvas gélidas no salta.

Atiende el cielo tu clamor. "Resurge",
Apolo clama; la beldad esquiva
tórñase carne y a la vida surge;

la besas bajo el ático plafondo,
y entre la red de su pestaña viva
hallas lo Azul sin límite ni fondo.

Esfinge

Todo en tí me conturba y en tí todo me engaña,
desde tu boca, donde la pasión se adivina,
que empurpura los pétalos de esa rosa felina,
hasta la rubia movilidad de tu pestaña.

Todo en tí me s adverso, tu sonrisa me daña
como un hechizo, y en tu plática divina

por un campo de flores la falacia camina
friamente cual una ponzoñosa alimaña.

Con tu rostro de mártir eres una venganza.
Tus manecitas estrangularon mi esperanza,
y es tu flor un euforbio semiculto entre tules.

Tu lámpara alimentan alas de mariposa,
arda en ella este verso que me inspiró tu prosa:
¡Eres una mentira con los ojos azules!

Palabras primitivas

(POESIA ORFICA)

De Goethe.

DAIMON—*Genio.*

Como en el día que tú naciste
ya estaba allí el sol presidiendo
el influjo de los planetas,
d'ese instante creciste, creciste
bajo un signo de normas secretas.
Es el destino, ineluctable,
claman sibilas y profetas.
Huir no puedes de tí mismo.
Ningún poder, edad alguna,
rompen la marca así esculpida,
que va creciendo con la vida.

TUKE—*Lo accidental.*

A pesar del límite fiero,
algo de frágil fluye en torno,
que nos cerca o va a nuestro lado;

del aislamiento nos arranca,
y en espejos de amistad franca
todo el vivir da reflejado.
Vivir: caídas, recaídas;
fútil fuego de orto a poniente.
El círculo que años anuda,
cierra en silencio. Beso ardiente
espera tu lámpara muda.

EROS—*Amor.*

¡No tarda el fuego! Del arcano
—a do fué, del antiguo desierto—
se precipita y con sus alas
de vagarosa sutileza
ora circuye una cabeza
o abraza algún corazón yerto,
en tu día, fugaz Primavera!
Después, parece que se fuera,
pero retorna, y del quebranto
nace un inquieto, dulce encanto
a la vez. Sume en sus turbiones
lo universal, mil corazones:
a la unidad va el noble, en tanto.

ANAKE—*Necesidad.*

Así lo mandan las estrellas:
ley, condición, humano anhelo
son el querer de un querer solo.
Cede a esa ley, la fantasía,
de nuestro ser que un hado lía.
El corazón lejos arroja
lo que más ama, en su congoja.
La voluntad, como el capricho,
pliegan al sino sobrehumano.
Decirse libre: ¡sueño vano!
Cual una red, años que aumentan,
las ligaduras acrecientan.

ELPIS—*Esperanza.*

Pero la puerta maldecida
de estas barreras y estos muros
de bronce, sus cerrojos duros
caer ve, de una sacudida,
—aunque empinó su férrea toca
con el tesón de arcaica roca.
Alado numen de andar leve,
flagra en el éter: de la nube,
de entre la bruma y lluvia triste,
para nosotros se alza y sube
la diosa alada, que nos viste
con la pujanza de sus remos!
Vámosla todos del eriazo
a nivea cumbre o fresca falda,
vagar do quiera.

A su aletazo,
deja los siglos. . . . a tu espalda!

Ultimo paseo

De Wuang-Wei.

Soltaste en el camino
el rojo tulipán que yo te diera,
y cuándo alcé la flor,
me pasmó su blancura.

En Primavera
había nevado sobre nuestro amor. . . .

La joven desnuda

De Li-Chuang-Kia.

Para ir a encontrar a su novio
bajo el sauce que da sobre el río,
se cubrió con dos túnicas bellas,
—sus más bellas túnicas—
por solo atavío.

Cuando el sol se perdió tras la altura
conversaban aún con dulzura.

Y encendida en rubor de repente,
ocultando en las manos la frente,
levantóse a la orilla del sauce;
de las tres, le faltaba una túnica:
la sombra del sauce. . . .

Oda a una urna griega

De John Keats.

Oh tú, la impasible, la novia sin voz del reposo,
hija que nutrieran el Silencio y la Hora tardía!
narrador silvestre que así los oídos deleitas
con fábula grácil, de un dulzor que no da nuestro ritmo.

Orlada de hojas, qué leyenda fijó tus perfiles
de númenes o héroes o mortales y divos a un tiempo,
en délfica gruta o en las cuencas elisias de Arcadia?
Qué miedo de virgen? Qué humanos o dioses relieves?
Qué soplo de insania? Qué fugas de asedio? Qué sistros,
gaitas y tambores y desnudos arrobos salvajes?

Dulces melodías, cuando arrullan el fácil oído,
pero son más dulces las que nunca los hombres oyeron;
así, tiernas flautas, no sonéis para torpe deleite;
silbad con blandura cantilenas sin voz para el alma.
Juventud florida: ya tu vieja canción bajo el bosque
desamar no puedes, ni su palio, de pomas vencido.
Tú, férvido amante, nunca, nunca podrás darla un beso
aunque te sonría el maduro panal de su boca;
pero no te atristes: fresca siempre, aunque fallen tus ansias
la amarás sin término, y bella será para siempre.
Oh ramas dichosas, que no véis despojar vuestros gajos,
ni alejarse, muda, la fugaz primavera de oro!
Felices mil veces, oh flautistas que el tedio no acalla,
y seguís tañendo una misma canción siempre nueva.
Oh, feliz amor, más feliz: más que amor! Todo fuego,
que a gozar incita con ardor juvenil y turgente,
que lanza suspiros en busca del ámbito puro,
sacia corazones, que hiere y oprime de angustia,
y abrasa la sien y entumece la lengua tostada.
Quiénes serán, quiénes, los que van al lustral sacrificio?
A qué pulcro altar, misterioso pontífice, llevas
la púber novilla que parece mugir para el cielo,
y en leves coronas su venusta opulencia recata?
cuál será la que a la orilla del mar o del río
o sobre el peñasco se destaca en jovial ciudadela
sin ecos de vida, en esta apacible mañana?
Oh, menuda aldea!, se ha dormido el silencio en tus calles;
jamás vendrá un alma a contarnos tu trágico sino,
Oh, helénica urna, la del bello ademán; con la stirpe
de genios de mármol, de vírgenes y hombres, labrada,
con dóciles gajos y humilde y errátil maleza;
tú seguirás siendo —a la luz de dolores extraños
rival de lo eterno: oh, selvático idilio de nieve!
Extinta la huella del remoto vivir de mi raza,
tú seguirás siendo —a la luz de dolores extraños
a nuestros dolores— un amigo del hombre a quien dices:
Belleza es verdad, y Verdad es belleza. Eso es todo
cuanto el hombre sabe, cuanto el hombre saber necesita.